



Diálogo abierto: América Latina/cultura y modernidad*

Autor:
Santos, Susana

Revista:
Boletín de reseñas bibliográficas

1997, 5/6, 51-55



Artículo



DIALOGO ABIERTO: AMERICA LATINA/ CULTURA Y MODERNIDAD*

por Susana Santos

Descifrar el enigma, tarea humana por excelencia, como ejemplifica el clásico Edipo griego, importa la posibilidad de los pueblos de reconocerse como tales, ya sea en su interioridad o en el afuera, el espacio exterior que conforma la cultura. Dar cuenta de esta experiencia sólo es posible por el lenguaje, pero el mismo se encuentra atravesado - a la vez que objetivado - por relaciones de poder. Lucha de interpretaciones, las mismas trizan el espejo ilusorio que, individual o colectivamente, el sujeto construye para sí.

América Latina: cultura y modernidad, del sociólogo chileno José Joaquín Brunner, explora el territorio de la modernidad de nuestra región movido por el reto de la identidad que puede tornarse enigmática. Signado por la convicción de que el ejercicio de pensar y hablar - núcleo irreductible del quehacer intelectual - está sujeto a la incertidumbre, al ir y venir entre argumentos inconclusos, entre significados que no cierran, cuando nunca más se pretende estar en posición de decir la última palabra, el autor expone diversas interpretaciones y la suya propia organizando la exposición a partir de preguntas medulares.

¿Es posible sistematizar nuestras culturas en un relato que escape a los supuestos ordenadores (ya sea los ya abandonados positivistas o la conciencia individual -Berger y Luckmann- o como equilibrio nacido de las interacciones -Goffman-? Tal es la inquietud que parece ordenar el deseo de Brunner. Su respuesta no omite la duda. Inaugura así su cuestionamiento a la racionalidad única y enfatiza, en consecuencia, la pluralidad de opciones.

* José Joaquín Brunner, *América Latina: cultura y modernidad*, México, Grijalbo, 1992.

Brunner, a lo largo del ensayo, expone diversas propuestas a modo ilustrativo, incluyendo la suya propia. Enumera, por ejemplo, las consideraciones de Octavio Paz, que acerca una definición de nuestra cultura en analogía con el pensamiento occidental europeo hegemónico (“... no tuvimos ningún Kant, Hume, Voltaire, Diderot...”); las de Ángel Rama, en cuanto entiende el concepto operativo de la cultura tradicional para la emergencia de la modernidad en América Latina; las de Martínez Estrada, para quien la cultura es la máscara de la civilización y la Naturaleza lo verdadero y lo real; también las visiones de América Latina como “relatos macondianos”, las máscaras impuestas por las sucesivas modernizaciones que recubren un fondo mestizo, barroco y cristiano. En fin, el autor propone la hipótesis de que la cultura de la región ha terminado de constituirse como una constelación más de la modernidad occidental alrededor de los años cincuenta.

Si bien en Europa el proceso de modernización ocurre en el plano material de los cambios políticos, económicos, sociales y culturales antes que en la razón abstracta (la separación entre razón e historia en el desarrollo capitalista fue señalada por Carlos Marx), en América Latina -observa Brunner-, la modernización nace de su proceso y no de su discurso, que apenas alcanza a un pequeño grupo de “iluministas” (ya que la emergencia de ciertos acontecimientos y figuras, valga como ejemplo la Reforma Universitaria de Córdoba o José Carlos Mariátegui, no produjeron cambios estructurales).

Los puntos esenciales considerados por Habermas respecto de la erosión de la subjetividad (instancia constitutiva de la explicación filosófica hegeliana de los tiempos modernos, esto es: individualismo, derecho a la crítica, autonomía de la acción, filosofía idealista), también se producen en América Latina con suerte variable. Este proceso de incorporación a la modernidad en nuestra región significa dejar atrás a la ciudad letrada e integrarse con las diferencias y con la unicidad de una matriz común: la escolarización, la comunicación televisiva, el consumo continuo de información, la necesidad de vivir conectado con la ciudad de los signos. Los hombres y las mujeres comienzan a acceder a una ciudad-laberinto, a las mismas formas de comunicación, aunque los significados tengan valor de reconocimiento y de cambio difícil.

La modernidad, modo peculiar de experiencia vital, tal vez condensada en la frase del *Manifiesto Comunista* que titula el ensayo de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, que Brunner frecuenta una y otra vez, centraliza un fuego cruzado de debate. En este caso, como en el anterior respecto de las explicaciones sobre la modernidad de la cultura latinoamericana, el ensayista recorre diferentes posiciones, tales como la neoconservadora de Peter Bürger o la

propuesta de renacimiento religioso de Daniel Bell. En relación con la postura posmodernista entendida como radicalización de la crítica a la modernidad, señala, entre sus rasgos notables, el riesgo de un vacío de significado (manifiesto en el ocaso de los grandes relatos, en la obsesión epistemológica por los fragmentos y fracturas, en la preocupación por los movimientos marginales, en el dominio del *pastiche*, en el rechazo ontológico al sujeto tradicional). Tal perspectiva hace presente a Habermas respecto de la reapropiación social de los ámbitos automatizados y a Anderson en cuanto al horizonte cerrado opuesto al de Berman, que es el de la revolución permanente.

Si en el ámbito latinoamericano, la modernidad aparece más como una fascinación ideológica por un modelo externo, que como producto de dinámicas endógenas, ¿puede una demanda que no es culturalmente autónoma en un *mercado* internacionalizado de mensajes y bienes culturales, regirse con autonomía y anclarse además en la tradición y las creencias de la cultura interna? Y, también: ¿cómo integrar el racionalismo cultural técnico e instrumental, que permea la vida social y la racionalidad comunicativa, perturbadas por esa escasez de sentidos que deben ser reemplazados por valores consumibles?

Tales interrogantes formulados por Brunner llevan al reconocimiento de la "realidad" fragmentada y de la participación segmentada en ese mercado mundial de mensajes y símbolos (cuya gramática subyacente es la hegemonía norteamericana sobre el imaginario de gran parte de la sociedad): *participación diferencial* según códigos locales de recepción grupales e individuales. Y el desmembramiento, la deconstrucción de la cultura occidental semejante al "collage", motivo caro para Monsiváis como índice de los tiempos, algo que tiene sentido fuera de lugar, arrancado de contexto, injertado en una cultura-otra.

En América Latina, señala el ensayista, el motor de la modernidad - el mercado internacional - provoca y luego refuerza un incesante movimiento de *heterogeneidad* de la cultura. Pone en juego, estimula y reproduce una pluralidad de lógicas que actúan entrecruzándose. Lógicas que, desde una visión eurocéntrica e iluminista, llamaríamos *modernas*: la secularización, el avance de la racionalidad formal, la burocratización, la individuación, la futuridad, la alienación; y lógicas del imaginario colectivo, trabajadas desde la memoria local y los medios masivos de comunicación.

Las propuestas de modernización que no asumen como dato central de su operación eficaz esa heterogeneidad cultural en la que están llamadas a materializarse, se condenan a sí mismas a permanecer en el terreno del voluntarismo ideológico.

Por otra parte, Brunner revisa las políticas culturales y recorre los modos del Partido Socialista Obrero de Hungría en los setenta, los modelos Lenin de los años veinte, el modelo gramsciano o de competencia ideológica, la modificación que introduce Tagliato y luego Napolitano en el PCI; los fascistas y las culturas de mercado. Previene que en los casos mencionados la cultura opera como objeto de la política.

En este sentido, señala en el campo latinoamericano dos tradiciones conceptuales: la aristocrática, que enfatiza al espíritu en desmedro de la civilización, y la que sostiene la reproducción material de la cultura. Ambas revelan que la política se desentiende de la cultura al aceptarla desde una visión instrumentalista del poder.

La propuesta de Brunner respecto al vínculo entre política y cultura consiste en la posibilidad de establecer una nueva relación asentada en la creación de políticas culturales cuyo fundamento radique en la libertad creadora. Este diseño se focaliza en el ámbito de la democracia "*... arreglo incierto de intereses, avance por negociaciones, marcos de consenso cambiantes, sistemas de incertidumbre hacen posible las reformas, aún las más profundas. No las asegura, las hace posible por el juego de las mayorías, acuerdo y conflicto, persuasión eficaz...*"

Puntualmente en la tradición conceptual de izquierda, Brunner supone una izquierda no tradicional o postrevolucionaria: de lucha y de profundización del socialismo. Socialismo secularizado que valora la libertad de conciencia individual, la comunicación abierta, la condicionalidad de las ideologías. Es decir que la propuesta se centraliza en el proceso de superación de la tradición cultural, no en su desprendimiento. Así resulta que toda tradición es una reproducción construida del pasado, que combina elementos seleccionados y los vuelve por su persistencia en una continuidad socialmente reconocida. Hay que encontrar los elementos de una nueva continuidad que permita mantener, pero modificándola, la conciencia histórica y los rasgos de identidad que a ella se asocian.

Los capítulos finales del ensayo, escritos antes de la vuelta a la democracia en su país, giran alrededor de la encrucijada cultural de Chile, en algunas zonas pensada desde una Latinoamérica atravesada por la modernidad y, en otros aspectos, puntualizando las relaciones entre política y cultura enmarcadas en el punto preciso del autoritarismo.

Si la política ha moldeado decisivamente la sociedad chilena contemporánea, esta se ha vivido experimentalmente a sí misma como un producto del

imaginario político de los grandes dirigentes. En dos décadas ha sido el objeto de tres sucesivos "inventos" políticos -1964: revolución en libertad, 1970: revolución socialista, 1973: golpe militar- cada uno sobreponiéndose sobre el anterior, al que de entrada negaba radicalmente.

¿Cuál es el verdadero Chile?: la pregunta de Brunner resuena en todos los países de Latinoamérica. Tal vez, esa frágil materia suspendida de la identidad, cantada e inventada por los poetas, que se construye a partir de mitos y fragmentos ideológicos, deseos y ruinas, retóricas. Tal vez, una cultura que devuelve su imagen trizada en la que se juega sus límites y su oportunidad histórica para la democracia. Espejo que refleja la pluralidad de identidades: pluralidad que es, a la vez, desgarramiento y unidad.